

Crónica 12: Tiruchirapalli, Pondicherry, Mamallapuram y Chennai (Traducción del original en catalán)

Salimos de Madurai en el tren de las doce del mediodía, lo llaman el Howrah Express y lleva una hora de retraso, llega arrastrando con energía una quincena de vagones y su pitido silencia la efervescencia comercial del andén, son los vendedores de té y pastas fritas que cargan existencias en las cantinas del gobierno. No sabemos leer el billete y subimos en la primera puerta que se para cerca de nosotros, la falta de presencia humana nos hace sospechar con certeza que aquel compartimento no concuerda con el precio del billete ordinario que hemos pagado. Nos sentamos aguardando a la comunidad de revisores que pasean uniformados recolocando a los pasajeros despistados, no tardan mucho en indicarnos que debemos ir por el interior del tren hasta el último vagón, - en las sillas de madera- nos dicen. Pasamos tambaleando por decenas de vagones completamente vacíos, cruzamos por en medio de la cocina y la despensa del tren, llena de cebollas y cubos con patas de pollo en remojo, tras el humo de los fritos, encontramos una pila de pasajeros cansados que se recostan hacinados en los pasillos, no vemos las sillas de madera, pero deducimos que hemos llegado a tercera clase. Nos sentamos delante de la puerta abierta de par en par buscando las bocanadas de aire como un remedio para nuestra sofocación. El paisaje se ha vuelto monótono, las tierras son cada vez más áridas y las comunidades rurales más espaciadas, cruzamos un río casi seco, lo animan los centenares de trapos de colores que volandean secándose desde los tendederos enfangados. Acaban de subir tres hombres que comparten el mismo estilo de vendaje, este debe ser el pueblo del médico, llevan la cabeza vendada sacando las orejas por un agujero hecho a la medida...

Bajamos en Trichy Junction, la parada principal de Tiruchirapalli, en el corazón de Tamil Nadu. Es la ciudad más histérica y caótica que hemos pisado hasta la fecha, las riadas de viandantes nos arrastran y hemos de estar pendientes de adaptarnos a su paso. Pitidos, bocinazos, altavoces, edificios deslumbrantes, vehículos que nos pasan rozando, puestos de venta que aparecen de la nada entorpeciendo a la multitud, talleres de reparaciones que amontonan chatarra obstruyendo el paso y un montón de caballos enfermizos atados sobre desperdicios en medio del tránsito. Nos adentramos en el casco antiguo por el bazar Chinés, una iglesia británica atrae a los feligreses con los parpadeos de las cruces de neón rojo que cuelgan del campanario. Cubierto de puestos de flores, ropa y quincalla vemos el foso inmenso del estanco de Teppakulam, algunos devotos, alquilan un patín acuático para pedalear alrededor del templo que emerge de las aguas. En medio de edificios desvencijados y de un regateo frenético, se levantan ochenta metros de roca naranja fortificada y coronada por un templo a Ganesh. Levantamos la cabeza para seguirlo con la mirada, pero no encontramos ninguna calle que nos acerque a él, andamos sin frenar el ritmo de la ciudad, el sol se ha puesto y los gritos de los comerciantes parece que resuenan con más fuerza. Bajo los peldaños de un almacén de lujo, se sientan una decena de personas gimiendo caridad, son la última capa de la sociedad hindú, los intocables bautizados por Gandhi con el nombre menos cruel de Harijans o hijos de dios, viven removiendo escombros y son considerados espiritualmente impuros, hasta hace poco, tenían vedada la entrada en los templos y ahora continúan sin ser tocados por nadie. Un escaparate de desgracias expuesto para que las otras cuatro *varnas* o castas puedan hacer méritos espirituales encestando por inercia algunas rupias dentro del plato. Hemos leído que uno de los himnos de las escrituras *védicas*, narra cómo Brahma, el dios creador, hizo surgir los humanos del *purusha* el hombre primordial, los brahmanes, sacerdotes de la casta más alta surgieron de su boca, los guerreros de los bíceps, los comerciantes y artesanos de las nalgas y los sirvientes de los pies, prescribiendo así el origen divino de esta estratificación estancada, la misión de los humanos nacidos de los pies era la de servir a las otras tres castas, también llamados “los nacidos dos veces”. Fuera de

esta jerarquía de reencarnados y sirvientes, encontramos los descastados, nacidos de la tierra, seres impuros que tratan con la basura y los muertos. Pero esta voluntad de los dioses se tiene que contrastar con unos hechos aún más perversos, la realidad histórica. La palabra sánscrita *vama* quiere decir casta, pero también quiere decir color, se cree que esta segregación fue impuesta mil años antes de Cristo por los invasores indoeuropeos o arios para esclavizar a las poblaciones aborígenes de piel negra. El fanatismo religioso se ha encargado de preservar durante milenios estas desigualdades sociales, las sanciones morales de ultratumba hacen resignar a millones de seres humanos que han nacido en la miseria. Creen ciegamente que el cuerpo es el envoltorio provisional del alma que se encarna para viajar a través de la eternidad, el bien y el mal acumulado durante la existencia mortal es el *Karma*, que determina si en la siguiente reencarnación el alma se elevará o descenderá dentro de la jerarquía de castas. Ahora, siguiendo a la multitud que nos conduce a la boca del templo, presenciemos las secuelas más palpables de estas creencias, son las caras de resignación de las madres con hijos desnutridos durmiendo en su regazo, que se mecen pidiendo misericordia, la angustia de un chico postrado boca abajo y atado de cuello y brazos con una cadena de hierro que se retuerce temblando con movimientos espasmódicos, la fatiga de unos infantes desnudos, sucios con los cabellos crespos de miseria que venden los últimos pájaros que han quedado vivos dentro de unas jaulas.

La entrada al templo es un mercado de vestidos dorados para decorar a los dioses, estatuas y productos para ofrendas. Para llegar al fuerte de roca, debemos subir cientos de escalones desnivelados que sorteamos deidades de piedra y templos sagrados, llegamos sudados y sofocados empujados por una manada enérgica que sube decidida, sólo algunas madres cargadas con los hijos en la cintura atados con ropas de saris, se han hecho a un lado para recuperar fuerzas. Desde arriba contemplamos atónitos las dimensiones de la ciudad, todo lo que nos alarga la vista, son cubos de cemento pintados con tonos pálidos y desmigados, tejados hundidos que se sostienen entre sí cubriendo las callejuelas estrechas, sólo desciframos cuatro calles principales muy iluminadas y el lecho seco del río Kaveri, es todo una masa compacta de viviendas. Carrerilla de monos asustando a los visitantes que descansan sobre la roca aún caliente por el sol y niños que aprenden a santiguarse, estirándose las orejas con las manos contrarias y golpeándose suavemente los lados de la cabeza mientras se agachan un par de veces.

Vaciamos la poca energía que nos queda colgados del barrote central del autobús número 1, ya no miramos por la ventana ni ofrecemos resistencia a los baches, sólo abandonamos el cuerpo sudado al movimiento descompasado del vehículo. Estamos mareados y aturcidos, si cerramos los ojos aún vemos el parpadeo y nos silban las orejas, ni la habitación nos salva de esta locura, el sudor nos empapa el cuerpo devorado por los mosquitos, no pasa ni una brizna de aire y el ruido de los coches nocturnos se mezcla con los cantos de los chicos de la habitación de al lado, son las cuatro de la madrugada y nadie duerme.

Hay algo en este país que se contradice y a la vez nos tiene fascinados y faltos de explicación, podemos rendirnos agobiados por la gente y desfallecer por el cansancio del caos, y en un instante reanimarnos maravillados por la bondad y el altruismo desmesurado. Quedas adaptado y atrapado a un ritmo de vida que fluye dentro del caos y a un talante humano completamente atolondrado pero del que emana una bondad extrema.

Sólo hace falta que paseemos un instante con cara de despistados, estorbando entre los autobuses parados, para que rápidamente nos recoloquen casi encaramándonos hasta la butaca. Vamos a Srirangam, un pueblo que queda a unos seis kilómetros de Trichy, parece que hemos cogido afición por los templos y es que sentarse sobre las rocas gastadas de su base y ver pasar la vida dentro de un templo, es tan fascinante como viajar asomado a la ventana del tren o del bus, saciando nuestro afán de observar. El chófer conduce alocado por calles llenas de transeúntes que se apartan con naturalidad a cada toque de bocina, sólo

atemorizamos a un chico que pedaleaba cargado de lecheras, se ha desestabilizado y ha tumbado la bicicleta, pero ni se ha inmutado. No sabemos como ha ocurrido pero estamos atascados por un autobús que ha quedado cruzado por delante de nosotros, ha bajado el conductor y se acerca gritando a su compañero de salario, este no se amedrenta, saca una barra de hierro e intenta golpear desde la ventana, todo el mundo los rodea, hemos obstruido la calle, tenemos camiones encastrados a ambos lados que quieren pasar a toda costa, los viandantes se acercan y una multitud de gente contempla pasivamente como se pelean los dos choferes, nada mas, han parado de súbito y ahora charlan amistosamente, el embrollo de vehículos se deshace y reemprendemos el viaje.

El templo de Ranganathaswamy es tan inmenso que parte del pueblo toma vida al abrigo de sus *gopures*, el santuario sagrado está dedicado al dios Vishnu y sus seguidores se pintan una “v” blanca en la frente con una línea roja vertical, para diferenciarse de los seguidores de Shiva que se pintan tres líneas blancas horizontales. Pagamos para que nos guarden los zapatos, por entrar la cámara de fotos y por montarnos al tejado a contemplar de cerca las *gopures* y ver de lejos la cúpula de oro que cubre la cámara sagrada, todo en concepto de donativos para los dioses. Familias enteras pasean con la cabeza rapada y ungida con un polvo amarillo, es el ritual de ofrecer los cabellos a los dioses a cambio de pedirles una gracia. Dos ancianas se sientan en los peldaños de entrada esperando caridad, tienen la boca arrugada y los ojos hundidos, hablan desdentadas y ríen con aquella ternura serena de vida gastada que se repite en todas las abuelas del mundo, tienen la espalda encogida y las manos reseca, nos saludan con la mirada. Los sacerdotes brahmanes, pasean ostentosos gozando del privilegio poco meritorio pero socialmente aceptado que los ha hecho nacer en la casta más pura. Deseamos acariciar el elefante y canjeamos rupias por cacahuets, no alcanzan ni para que pueda encontrarle el gusto, nos llena de saliva y resopla torpemente, camina hacia atrás hasta que encuentra el desnivel de los escalones y ante la mirada consentida de los fieles, suelta litros de orines y bolas de excrementos.

Un grupo de músicos llega cantando alabanzas y bailando con *sitars*, tambores y cascabeles atados a los tobillos, los creyentes se unen a ellos y se animan repitiendo el estribillo. Van a cantar las canciones que dan las buenas noches al dios Vishnu, que se duerme desde hace miles de años, bajo la mirada de un elefante y una vaca sagrada que escuchan junto a él las canciones de cuna.

Bajamos a Villupuram Junction y cogemos el autobús hasta Pondicherry, una ciudad bañada por las aguas del golfo de Bengala y con alguna reminiscencia francesa contagiada por los colonizadores. Habíamos pensado pasar la noche allí, pero parece que todo se nos ha vuelto en contra, hace horas que andamos bajo un sol abrasador, la brújula marca el Norte y aún no hemos encontrado ningún alojamiento, parece que llegamos al centro de la ciudad, pero nuestra ilusión se viene abajo al saber el precio de las habitaciones, que escapan a nuestro presupuesto; retrocedemos desanimados hacia la parada de autobús. Con un intransigente y absurdo orgullo no nos compramos ni un croissant francés y ascendemos hacia

Mamallapuram, unos cien kilómetros al Norte. La carretera está deliciosamente asfaltada y por primera vez, vemos señales de tráfico, quizás tenga algo que ver en ello el reconocimiento de la ciudad por parte de la UNESCO como patrimonio de la humanidad. Es la ciudad de los escultores, decenas de piedras redondas de dimensiones descomunales se amontonan entre templos tallados en la roca, relieves gigantes que narran las leyendas de los dioses, esculturas de animales y cuevas milenarias, un seguido de senderos de arena y malezas, animados con familias de cabras y monos salvajes que custodian las reliquias rupestres. En medio de la nada, rodeada de arena naranja y excrementos de cabra, se sostiene peligrosamente una inmensa roca de una perfección esférica y propiedades esotéricas, a la que llaman popularmente “La bola de manteca del dios Krishna” Llegamos al pueblo de los escultores guiados por un ruido insaciable de repiques secos, centenares de esculturas de dioses y diosas

se acumulan por toda la calle. Los menos hábiles y las mujeres, trocean las rocas a golpe de pico, se esconden del sol agachados bajo una hoja de palmera apuntalada con troncos, los chiquillos cargan fardos de dos en dos con las piedras fraccionadas, los atraviesan corriendo de un lugar a otro, los escultores se sientan escondidos entre las estatuas de dimensiones sobrehumanas, algunos llevan gafas, otros ya tienen los ojos heridos, los aprendices son muy jóvenes y observan el martilleo de su maestro mientras pulen y limpian las obras de arte. Piden doscientas cincuenta rupias para entrar a ver un grupo de cinco monolitos estucados conocidos con el nombre de los Pancha Pandava Rathas, decidimos quedarnos fuera y echar una hojeada desde lejos, fraternizándonos con los demás foráneos que retroceden alarmados al conocer el precio saqueador.

Acaba de entrar una escuela de niños uniformados, se desahogan corriendo por entre las esculturas y encaramándose sobre los elefantes de piedra, improvisan un tobogán en un tejado del templo y sus gritos de felicidad se ahogan y resuenan haciendo revivir a las rocas, lástima, ahora los gritos son chillidos, los ha descubierto alguien que hace de maestro, hinchado en su insólita autoridad por un palo amenazador, los golpea con fuerza, los persigue golpeando a diestro y siniestro y los maneja de tal forma que ahora los tiene a todos en una solemne hilera humana. Se ha apagado el rumor de infantes y los vuelve hacia el autocar delante la mirada atónita de los que no comulgamos con el espectáculo visto desde fuera.

El gremio de viajeros está reducido en una calle ficticia, inundada de quioscos de Internet, teléfonos para llamadas internacionales, libros de muchas manos, recuerdos y comida europea. Un paso hacia fuera y pisamos la pobreza más extrema, solares llenos de escombros y excrementos que desprenden un hedor intenso. Se nos hace difícil entender cómo es que las familias amontonan los desperdicios putrefactos alrededor de sus cabañas, hacen sus necesidades a pocos metros de donde comen y duermen, la naturaleza no tiene tiempo de ser benévola y absorber tanta cantidad de residuos. Las moscas molestan a las vacas y a los niños, parece que todo el barrio tiene el olfato inmunizado y hace vida en la calle, unas chicas peinan sus cabelleras, otras cocinan con fuego en el suelo, lavan la ropa, los platos y los pequeños, dentro de unos cubos de agua. La playa es una prolongación del urinario público, un vertedero horripilante bañado por el Golfo de Bengala.

La desproporción entre turistas y vendedores de baratijas se hace tan evidente que se provocan situaciones absurdas, estamos asediados por seis chicos con estuches de hojalata, que a primera vista venden colgantes de piedras, las ofertas se adentran por caminos tan sorprendentes que ahora nos quieren vender un euro. En cierta manera, no deja de ser un picaresco negocio, pedir monedas de diferentes países para la colección y entonces buscar turistas del país de la moneda y suplicarles que se la cambien por rupias. El otro gremio consumista, es el tropel de turistas locales que bajan del autocar para remojar los pies en las aguas del golfo de Bengala, vienen a contemplar el templo del mar “Shore temple”, comprar cuatro llaveros de concha y dar una vuelta encima de un caballo moribundo.

Estamos aficionados a una pequeña tienda de Internet, nos sobresaltan unos ronquidos acezados que suben desde abajo, el chico de la tienda se ha quedado dormido tumbado tras de nosotros, desdichadamente ya no nos sorprenden demasiadas cosas, intentamos hacer poco ruido para no desbaratarle el sueño, ya no nos preocupamos en justificar todos los comportamientos surrealistas.

Son las dos de la madrugada y hay alguien que frota la puerta de la habitación haciendo un ruido de uñas, hacemos toda clase de especulaciones que nos hacen sentir el miedo de la noche a nosotros mismos, hasta que cargados de valor y curiosidad, decidimos abrir la puerta, no ha sido necesario, un cangrejo se ha colado por una grieta de la cornisa y se pasea explorando nuestro aposento.

Abandonamos el pueblo de Mamallapuram andando entre cabras que se encorvan adormecidas y recubiertas de polvo, las barracas están vacías, un colchón afuera en la puerta y

un grupo de pequeños tumbados en el suelo, solos, rebozados de arena y mocos, ahogados por el llanto de hambre bajo un sol que les seca la vida. Sus madres, aún niñas, van y vienen del bidón común cargando sin aliento las jarras de agua. En la parada del autobús, presenciamos un espectáculo esperpéntico, unos niños de siete u ocho años se pasean vestidos de dioses o personajes tribales, engalanados con coronas y colgantes, con un trapo naranja atado en la cintura haciendo tintinear el pote de las rupias, caminan con la boca abierta, ya que una flecha les atraviesa la lengua y el labio inferior, llevan la cara pintada y persiguen a todo el mundo mostrándose como monos de feria, encajando con orgullo los desaires de la gente. Los cogéramos, les sacaríamos la flecha, les lavaríamos la cara y los mandaríamos a la escuela a hacer de niños, pero el mundo no gira igual para todos, y menos si se piensa con el estómago vacío. Unas madres con los hijos adormecidos dentro de un zurrón atado a la espalda, se pasean vendiendo collares, un corrillo de niños tiran de nuestras mangas y se tocan la barriga y la boca en señal de hambre, es un mendigar curioso ya que nos miran contrariados cogiendo los plátanos de golpe exigiendo que quieren rupias, pero cuando les pedimos algo, se olvidan que se han acercado a mendigar y marchan sonrientes por las pocas palabras que hemos aprendido en hindú.

Subimos al autobús que nos llevará a Chennai, con el problema habitual de tener que cambiar tres o cuatro veces de asiento, nos sentamos en los que parecen vacíos, pero cuando el bus arranca sube una manada de viajeros que ya venían en el vehículo, reclamando su lugar, ya pedimos antes de sentarnos si está ocupado, pero parece ser que los vecinos próximos no prestan atención. Respiramos profundamente y nos lo tomamos con calma, estamos a punto de hacer en tren el viaje más largo de nuestras vidas, de Chennai a Itarsi en el estado de Madhya Pradesh, la tierra del centro, cruzando todo el corazón de la India en un recorrido de veinticuatro horas de tirón.

Olga&Fraz

El reportaje: La música en la India

Aunque son muchos los estilos de música que se pueden escuchar en la India, a nosotros nos resulta casi imposible distinguirlos. Desde nuestro punto de vista o mejor dicho desde nuestro punto auditivo, todo lo que hemos oído hasta ahora no nos suena muy diferente. Básicamente se trata de un fondo instrumental presidido por una voz, generalmente femenina, con una poderosa capacidad de penetración cerebral. Lo primero que te llama la atención, o mejor dicho, lo primero que te distrae de la atención de las otras cosas, es la voz incisiva del o la cantante que, canción tras canción penetra de forma inevitable dentro de la masa encefálica como si de un taladro se tratase. De todas formas, al cabo de un rato de adaptación, al igual como ocurre con la alimentación, el sistema nervioso se inmuniza dejando paso a una cierta admiración por esta forma de expresión o mejor desesperación artística...

Por lo que hemos podido averiguar, hay como dos grandes grupos diferenciados de estilos musicales, la música clásica y la folklórica. La clásica comprende dos estilos diferentes, la que se conoce como música clásica hindustaní que hace referencia a la música más propia del norte, y la del sur o carnática, la cual se diferencia de su hermana del norte por ser más alegre y apasionada. Es difícil para una oreja occidental distinguir las diferencias, pero a grandes rasgos la que se conoce como música folklórica es la que se puede escuchar en la calle, en los autocares y en definitiva, la más común y cotidiana, mientras que la clásica entendemos que es la que se escucha en entornos más específicos. Sus orígenes, al igual como ocurre con otras formas de expresión artística, se atribuye a alguna de las muchas divinidades y la síntesis que resulta del mito y leyenda, suele tomarse como verdad literal. El resultado es un largo proceso

de integración de muchas y diversas influencias culturales, entre ellas y muy importante, la de los mongoles musulmanes. Así pues, según la zona se hace más evidente una influencia u otra, por lo que se puede diferenciar entre la música del norte y la del sur.

Otro hecho curioso de la música de la India es la forma de transmitirla. Hay un fuerte vínculo entre maestro y alumno, normalmente suelen ser parientes, pero aunque no lo sean, se lleva a cabo un ritual para inaugurar la nueva relación espiritual. Aunque la música no hace distinciones religiosas, un maestro se denomina *pandit* si es hinduista o *ustad* si es musulmán, entonces se convierten en gurúes y pueden enseñar desde su arte o instrumento hasta técnicas de canto.

También hemos encontrado expresiones musicales de signo religioso en los templos.

Brahmanes equipados con diferentes instrumentos y danzando de forma tribal al ritmo de su música, mientras decenas de devotos los rodean compartiendo el fervor del momento.

Por lo que respecta a los instrumentos tradicionales de la India, el más conocido es el *Sitar*, un instrumento de cuerda nacido en el siglo XIII cuyo sonido caracteriza la música de la India. El *Surbahar*, en la práctica un sitar bajo, se toca igual pero tiene un mástil más largo y más ancho. El *Sarod*, pariente del *Rebab* afganés es más pequeño que el sitar y tiene dos cajas de resonancia. El *Sarang*, el *Santoor* y el *Surmandal*, son otros instrumentos de cuerda que se emplean en la India. Por lo que concierne a los instrumentos de viento, el *Shehnai* se caracteriza por ser muy similar al Oboe y por exigir un enorme control de la respiración, el *Bansuri* hace referencia a una amplia variedad de flautas de bambú. La *Tabla* es el referente de los instrumentos de percusión, se trata de un conjunto de dos pequeños tambores que se tocan con las palmas y los dedos para producir una fabulosa variedad de sonos y timbres en la gama de una sola octava.

Olga&Fraz

Consejos y curiosidades

Lo mismo puede ser un consejo que una curiosidad, pero a la hora de bajar o subir de los trenes o autobuses, se desencadenan dos aludes de fuerza parecida pero de sentido contrario, uno que intenta bajar y el otro que quiere subir a cualquier precio.

Parece que las reglas que rigen la lógica del civismo son totalmente desconocidas por una sociedad que si posee alguna cosa, es la sobrepoblación y que si en algún lugar se manifiesta es en los transportes públicos.

Por eso os recomendamos que a la hora de subir o bajar de autobuses, trenes y otros transportes, hagáis sólo una cosa: empujar . Aunque os parezca políticamente incorrecto, empujad sin parar hasta que hayáis conseguido el objetivo. No os preocupéis por ser considerados como mal educados, simplemente empujad...

Olga&Fraz